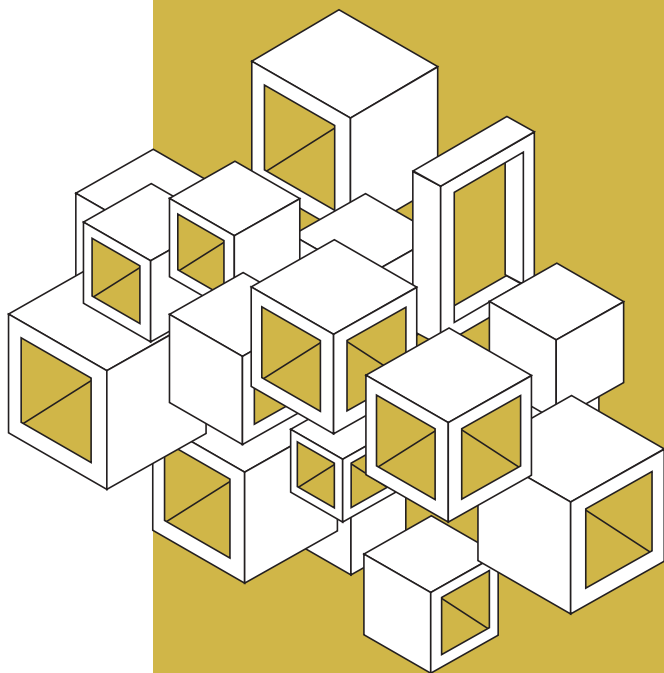


ÉRIC SADIN

EL DESIERTO DE NOSOTROS MISMOS

El giro intelectual y creativo
de la inteligencia artificial



EL DESIERTO DE NOSOTROS MISMOS

El giro intelectual y creativo
de la inteligencia artificial

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin la autorización por escrito del editor.
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Sadin, Éric

El desierto de nosotros mismos

El giro intelectual y creativo de la inteligencia artificial

1a ed. - Ciudad Buenos Aires: Caja Negra, 2026

280 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros Próximos; 74)

Traducción de Margarita Martínez

ISBN 978-987-8272-49-8

1. Inteligencia Artificial. 2. Filosofía. 3. Crítica Cultural.

I. Martínez, Margarita, trad. II. Título.

CDD 006.3

Título original: *Le Désert de nous-mêmes. Le tournant intellectuel et créatif de l'intelligence artificielle*

Esta edición fue publicada bajo acuerdo con Éditions L'échappée y sus agentes designados Susanne Theune y Agencia Deborah Druba.

Todos los derechos reservados.

© Éric Sadin, 2025

© Éditions L'échappée, 2025

© Caja Negra Editora, 2026

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:

Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey / Sofía Stel

Diseño de Colección y Tapa: Consuelo Parga

Maquetación: Natalia Brega

Corrección: Juliana Martínez Dios

y Candelaria Pera

ÍNDICE

<u>13</u>	INTRODUCCIÓN. El proceso de desnaturalización
<u>45</u>	PARTE 01 - EL TANATOLOGOS
<u>47</u>	1. Un antilenguaje
<u>57</u>	2. El capitalismo lingüístico: una gobernabilidad a través del verbo
<u>69</u>	3. El olvido –criminal– de los tres pilares de la educación
<u>87</u>	PARTE 02 - UN MUNDO DE QUIMERAS
<u>89</u>	1. La imagen sin contacto
<u>99</u>	2. La era de la indistinción generalizada
<u>107</u>	3. La (nueva) crisis de la cultura
<u>129</u>	PARTE 03 - HACIA LA AUTOMATIZACIÓN INTEGRAL DEL TRABAJO: UN CRIMEN CONTRA EL <i>HOMO FABER</i>
<u>131</u>	1. Neolengua empresarial y advenimiento de un capitalismo a-somático
<u>141</u>	2. “El hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena”
<u>159</u>	3. El “yo y tú”, o la sociedad como enlace de interdependencia

<u>171</u>	PARTE 04 - LA ANHUMANIDAD
<u>173</u>	1. Tec-Anhumana y condición anti-antropológica
<u>189</u>	2. El PODER TOTAL
<u>201</u>	3. Los tiempos de la estupidez general
<u>213</u>	PARTE 05 - DENUNCIAR LA FÁBRICA DE REPRESENTACIONES
<u>215</u>	1. El fundamentalismo de la IA y sus cinco pilares
<u>237</u>	2. La gran ilusión de la regulación
<u>247</u>	3. Una contracumbre en París
<u>263</u>	CONCLUSIÓN
<u>265</u>	Nuestra conciencia en acciones



INTRODUCCIÓN:
EL PROCESO DE
DESNATURALIZACIÓN



EL CANTO DEL RUISEÑOR

Se lo llama el “príncipe de los cantores”, es capaz de producir centenares de frecuencias sonoras diferentes que duran de dos a cuatro segundos cada una, entrecortadas por pausas de la misma duración. Le gusta distribuir las a su antojo y se destaca en un arte de la combinatoria que parece ilimitado. Nuestro virtuoso es el ruiseñor. Ya sea que estemos paseando por el bosque, por parques o jardines, produce en nuestros oídos acordes que siempre nos resultan melodiosos. Su disposición natural a interpretar variaciones lo lleva a elegir entre los tempos del jazz, del dodecafonismo o la atonalidad, entonces nos dejamos llevar y lo escuchamos. A veces, el pájaro parece imaginar que es un DJ: mezcla melodías de su repertorio en la búsqueda de asociaciones inéditas y se atreve a retrocesos, a momentos de vacío y a aceleraciones repentinas. Algunos lo conocen como rapero, cuando se entrega a una escansión que llega hasta la interpelación, en general

utilizando sucesiones de graves enseguida prolongadas por agudos estridentes que cada oyente es llamado a interpretar libremente. Por todas estas razones, por la amplitud de su registro compositivo, se dice que canta, que gorjea, que gorgoritea o que trina.

Pero no nos engañemos respecto del prodigio –para nada innato– de sus aptitudes. Los especímenes pasan por un proceso desde su infancia, se forman prestando atención a las armonías de sus mayores, entienden rápidamente las posibilidades de sus pulmones, su garganta y su pico, así como también de su intelecto. Muy pronto, la mayoría de ellos muestra una sed de curiosidad que los empuja a acercarse a las grandes figuras, a los maestros de la vocalización, para después, en la primera madurez, intentar *hacer valer su propia voz*. Aparecen entonces multitudes de adolescentes que, cuando llega el buen tiempo, compiten en creatividad y se entregan a coloridos combates musicales. Es por eso que Petrarca, a propósito del brío de los ruiseñores, hablaba de “acordes sabios”. Mucho antes que él, en *Los pájaros*, Aristófanes alababa sus “suaves cantos, hechos de vibraciones que igualan aquellas de las Musas”.¹ Los ruiseñores forman una sociedad alerta y divertida cuyos miembros buscan dar lo mejor de sí y a la vez están a la escucha de sus semejantes. Probablemente esa sea la razón por la cual en las tradiciones populares el ruiseñor es considerado hechicero de la primavera y símbolo de la alegría. Conocemos la pasión de los trovadores por este artista de las cumbres que sabe celebrar la potencia de su genio, así como la plenitud de la existencia y el amor.

Sin embargo, una hermosa mañana, algunos ruiseñores llegaron para anunciar la invención de ciertos procedimientos que les permitirían prescindir de las obligaciones del aprendizaje, del trabajo de las escalas, de todo gasto de

1. Aristófanes, *Los pájaros*, v. 658 y 676.

energía que, muy afortunadamente, ahora se volvería inútil. De ahí en más, lo único que tendrían que hacer sería informar sus deseos a autómatas que estarían a cargo de generar sonidos, ritmos y estribillos similares a los que los ruiseñores habían compuesto desde siempre. Era un verdadero milagro el que se les ofrecía e inauguraba una existencia cotidiana en adelante liberada del fardo del esfuerzo.

¿Qué creen ustedes que hicieron nuestros pájaros ante semejante conmoción? ¿Se ofuscaron, afirmaron que era algo impensable, dado que aquellas prácticas contribuían a que todos se expresaran mejor, eran su fuente de alegría y que entonces, ahora la sustancia de su ser se vería negada? Pues bien, no: pasó lo contrario. La inmensa mayoría se arrojó de inmediato sobre estos dispositivos que se les ponían entre las patas, proclamando que era un hallazgo formidable que les liberaría tiempo para consagrarse a actividades que generalmente tenían que dejar de lado (sin que jamás se supiera con exactitud a qué se referían). De un día para el otro, fue como si abandonar sus dones para entregarse a estos artefactos constituyera la cosa más natural del mundo.

La moraleja de esta historia es que, incluso cuando se rebose de talento y cuando el ejercicio y perfeccionamiento regulares brindan autoestima y reconocimiento social y contribuyen a la expansión de los seres y del conjunto común, basta con que a uno se le pongan a disposición instrumentos que le permitan cruzarse de brazos y sentarse a ver cómo se despliega el curso de las cosas para que todo ese soplo de imaginación y de vida se deje de lado y sea muy pronto ignorado. Entonces llega la amarga constatación de que, entre los ruiseñores –y probablemente entre todas las entidades vivientes–, estar acurrucado en un cómodo rincón del nido siempre será preferible al uso –a veces agotador, por cierto– de las propias cualidades. Esto acaba, tarde o temprano, en el confinamiento decadente en el propio refugio.

NUESTRA INSOPORTABLE LEVEDAD

Es bien sabido que lo particular de las fábulas de animales –por ejemplo, las de La Fontaine, las de los hermanos Grimm, o incluso *Rebelión en la granja* de George Orwell– es que exponen en negativo hechos que conciernen a los humanos, pero exagerando sus rasgos, de modo tal que surjan, sin digresiones y con ironía, algunos de nuestros defectos. En la alegoría de los ruiseñores, como bien pudimos ver, opera un efecto espejo sobre nuestra realidad actual. Hace muy poco tiempo ocurrió algo de aspecto fantástico, mitológico, o que directamente parecía salido de un relato especulativo escrito bajo efectos del LSD: aparecieron tecnologías que, con una simple instrucción de nuestra parte, podían producir textos, imágenes, videos, melodías, al tiempo que se presentaban como capaces de ilustrarnos sobre casi todos los temas y de realizar un amplio abanico de operaciones cognitivas. El 30 de noviembre de 2022, cuando se lanzó ChatGPT, se franqueó un umbral inédito en la historia de la humanidad: *el giro intelectual y creativo de la tecnología*. Para entender su alcance, es conveniente usar una fórmula literal: a partir de ahora existen sistemas que tienen la capacidad de tomar a su cargo tareas que hasta hoy movilizaban nuestras facultades intelectuales y creativas.

Se produjo así un movimiento de externalización de nuestras más fundamentales aptitudes, *entre ellas, antes que nada, las de expresarnos en nuestro propio nombre*. Esta formulación en primera persona caracteriza al género humano y condiciona el ejercicio de nuestro pensamiento y nuestra libertad. En consecuencia, también se vieron afectadas las relaciones entre los seres humanos basadas en los principios de absoluta singularidad y pluralidad indeterminada. Incluso nuestro poder de representación simbólica –que se expresa en las Grutas de Lascaux, en la Capilla Sixtina, en las sinfonías de Beethoven, en los relatos de Cervantes, o de Zola, o en las películas de Stanley Kubrick,

por ejemplo- está a punto de ser abandonado en beneficio de máquinas que, desde hace poco tiempo, de algún modo ejercen el rol de autores. Finalmente, lo que está condenado a sufrir un proceso de automatización que aumenta sin descanso es el trabajo, en su segmento todavía mayoritario, el sector terciario, que involucra prioritariamente nuestras capacidades intelectivas. En otros términos, la parte que hasta ahora se juzgaba como la más irreductible de nosotros mismos -nuestra riqueza subjetiva, la potencia de nuestra imaginación y nuestros poderes de acción- está destinada a ser dejada al margen en favor de artefactos concebidos para garantizar su relevo, lo cual no puede sino provocar una renuncia -a largo plazo, hasta un olvido- de aquello que nos constituía con total propiedad.

Ante semejante terremoto, ¿piensan ustedes que nos movilizamos a la altura de lo que estaba sucediendo? Es decir, ¿que fueron activados desde el 1º de diciembre de 2022, y en todos los niveles de la sociedad, espacios de reflexión y de acción? Y, soñando un poco más, ¿que los responsables políticos -pero también nuestras conciencias, preocupadas por defender al genio que se aloja en cada uno de nosotros- llamaron a una lisa y llana prohibición de estas técnicas? No, por el contrario, vimos cómo multitudes de centenares de millones de individuos, miríadas de empresas y de instituciones públicas se arrojaron sobre estos oráculos robotizados dejando todo lo demás de lado, y se regocijaron con las ventajas que podían suministrar. En lugar de preocuparnos por aquello que estos agentes artificiales ponían en peligro, como nuestros ruiseñores, sucumbimos llenos de entusiasmo a sus encantos. Es muy llamativo -y muy elocuente- este desajuste escandaloso entre la gravedad histórica del acontecimiento y el hecho de que se haya fundido de inmediato con nuestro escenario cotidiano. Y esto pasó en una total indiferencia, culpable en grado sumo, frente a las consecuencias sociales, culturales y civilizatorias implicadas.

LA PATOLOGÍA DEL UTILITARISMO

A decir verdad, no es muy difícil captar la causa de esta indolencia que en modo alguno tiene que ver con un fenómeno *ex nihilo*. Al contrario, nuestra reacción ante el surgimiento de las IA generativas es un poderoso revelador de aquello en lo que nos hemos convertido –alcanzamos un estadio casi terminal en el agotamiento de nuestra fuerza anímica– y señala la culminación de un recorrido histórico muy largo que se deriva de dos movimientos combinados que no dejaron de ganar importancia y alimentarse entre sí. El primero remite a una corriente ideológica surgida a fines del siglo XVIII que se expandió progresivamente: *el utilitarismo*. En su origen, esta doctrina fue enarbolada sucesivamente por los filósofos ingleses Jeremy Bentham y John Stuart Mill, quienes plantearon el principio de maximización del interés de la mayor cantidad de gente como criterio prioritario. Dicho de otra manera: si la mayoría de la gente extrae beneficios de ciertas esferas de la vida, entonces esto funda su valor social y político. El beneficio más ampliamente compartido, cualesquiera sean las consecuencias involucradas, se erige como axioma universal. Este dogma, que empuja a la búsqueda sistemática de la mayor ganancia y la menor pérdida, tomó cuerpo a escala extendida hacia mediados del siglo XIX, con el auge del maquinismo industrial y del comercio de masas. Así el aspecto novedoso del utilitarismo y las promesas que anunciaban sus partidarios parecieron justificar todas sus derivas y excesos en nombre de los efectos positivos de los cuales, tarde o temprano, iba a sacar ventaja la mayor parte de la gente. Este estado espiritual, pese a las teorías contrarias, pese a las luchas y a las sublevaciones regulares, poco a poco terminó convirtiéndose en norma al interior de las sociedades modernas y con el transcurso de las décadas se transformó en un *Zeitgeist*, una melodía ultra mayoritaria de los tiempos, hasta confundirse

con la vida misma. Todo esto sucedió sin que tuviéramos conciencia, pues todos estaban inmersos como un pez rojo en la diminuta pecera de sus ventajas prácticas.

El segundo movimiento depende de forma directa del primero. Si este *ethos* basado en la voluntad de goce, sin contar con los favores que ofrecía el capitalismo triunfante, pudo expandirse hasta ese punto es porque seguramente ofició como compensación de un proceso cuyo origen fue contemporáneo y solo se acentuó con el paso de los años: *la desposesión de nosotros mismos*. Dicho con más precisión: el retroceso, para la mayoría de las personas, de la posibilidad de ejercer las propias facultades en el marco del trabajo, pero también, más ampliamente, en la vida cotidiana. Esta lógica, en su sistematización, se remonta a los primeros tiempos de la Revolución Industrial, hace ya dos siglos. Hubo multitudes de personas que, para garantizarse su subsistencia, se vieron obligadas a plegarse a modos de organización que las sometían íntegramente a sus leyes. Por la aparición de la máquina de vapor y su corolario –la producción a gran escala–, el ser humano, que poseía capacidades naturales para usar su intelecto y sus manos en la realización de tareas múltiples, fue testigo de la aparición de todo un conjunto de aparatos que garantizaban que algunas de ellas se realizaran de maneras infinitamente más potentes, continuas y, a la larga, a menor costo. Esto produjo un desplazamiento enorme: de ser un agente con sus herramientas (a veces hasta formaba cuerpo con ellas, mientras obraba en general dentro de comunidades reducidas, tejidas por vínculos de interdependencia mutua), se vio condenado solo a garantizar el funcionamiento de los sistemas. Los obreros pasaron a ser simples engranajes asignados a un rol impersonal dentro de mecanismos que los superaban en todos los aspectos. Por eso la expresión “Revolución Industrial” –que tiene la falla de habilitar significados equívocos– habría podido nombrarse también con un cronónimo (el nombre que se le asigna a un período para

atribuirle una suerte de unidad coherente): *la primera era de la desposesión de las masas*.

Marx ya había notado esto cuando forjó el concepto de “alienación” en *La ideología alemana*. La alienación se verifica cuando la mano de obra ya no se reconoce ni en los resultados de su trabajo, que le son ajenos, ni en su actividad. Sin embargo, si hubo una figura que se preocupó especialmente por el fenómeno de merma que la mecanización implicaba y por la necesidad de oponerse a él, esa persona fue con total seguridad William Morris.² Contra el dogma progresista, Morris nunca dejó de hacer un llamado al cultivo de los propios talentos. El artesanado, a sus ojos, ofrecía las condiciones ideales para el despliegue de los seres humanos dentro de colectivos en los que ninguno tenía que verse dañado, mientras se erigía el principio de la complementariedad entre las diferentes cualificaciones como un pacto moral. Pero lo que Morris no podía captar en su época –pese a su noble batalla por el buen ejercicio de nuestras aptitudes– era que ya había una lógica en vías de implementación: *cuando los hombres empiezan a desprenderse de algunos de sus atributos, el proceso se vuelve irreversible*. Ya no hay vuelta al estadio anterior, sino muy periféricamente por la voluntad feroz de algunos individuos o grupos. En otros términos: lo que muchos aceptan y lo que se ven obligados a perder –sobre todo cuando se trata de las características más preciadas– se acepta o se pierde para siempre. Esta es una verdad que se verifica una y otra vez, y que urge convertirla en historia para reflejar nuestros pasos en falso –dado que parecen haberse transmitido de generación en generación, aunque amplificándose cada vez más– y para esperar, mientras quede un mínimo margen, no caer en el abismo del olvido definitivo de nosotros mismos.

2. Sobre las posibles virtudes emancipadoras del trabajo, ver especialmente William Morris, *La civilisation et le travail*, París, Le passage clandestin, 2013. La obra reúne dos conferencias pronunciadas en 1884 y 1886.

Al principio –fue así para la inmensa mayoría de la gente–, se toleró todo aquello que se derivara de la atrofia de las facultades humanas para garantizar la supervivencia y, en algunos casos, para disfrutar de ventajas nimias. Más tarde, a principios del siglo XX y ya después de varias décadas –tras las luchas sindicales, el acceso a viviendas más confortables, el aumento del poder adquisitivo, el derecho a vacaciones pagas o a servicios públicos extendidos–, se alcanzó un consentimiento tanto consciente como inconsciente para la amputación de nuestras capacidades. De ahí en adelante, nuestra relación con el mundo se basó en un contrato tácito, pero muy efectivo: *nos deshacemos de partes propias –individuales y colectivas– agentivas, para poder gozar, cada cual a la medida de sus propios medios, de todo el lujo moderno*. De eso hablaba Roland Barthes en sus *Mitologías* (1957) cuando relataba cómo las masas se fascinan con las novedades de la época y solo sueñan con comprarlas. Herbert Marcuse también lo hizo en *El hombre unidimensional* (1964), donde describió a los individuos como preocupados únicamente por satisfacer sus necesidades, fútiles en su mayoría (*false needs*), porque eran incitados por la publicidad y entonces quedaban reducidos –casi de buen grado– a agentes amorfos atrapados en las redes de una gigantesca maquinaria a la vez esclerosante y embriagadora. Algún tiempo más tarde, Jean Baudrillard, en *La sociedad de consumo* (1970), examinó en detalle el empobrecimiento existencial implicado en el desenfrenado fetichismo de la mercancía, que se podía resumir en una fórmula bastante elocuente: “Si la sociedad de consumo ya no produce mitos, ello se debe a que es en sí misma su propio mito. La Abundancia pura y simple ha sustituido al Diablo que aportaba el Oro y la Riqueza (a cambio del alma). El contrato de la Abundancia reemplazó el pacto con el Diablo”.³ La embriaguez que gran

3. Jean Baudrillard, *La sociedad de consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 247.

cantidad de gente experimentó en los llamados “Treinta Gloriosos” por las dichas del confort terminó ocultando el progresivo marchitamiento de su impulso vital. Fue el momento en que se aceptó con alborozo la desposesión a gran escala de los seres humanos. Hoy, ya iniciado el segundo cuarto del siglo XXI, observando en retrospectiva y atendiendo al adagio en torno al cual nada de lo que perdemos de nosotros mismos se recupera nunca, sabemos que este proceso no solo no retrocederá, sino que además no dejará de crecer.

LA SUFICIENCIA DE LAS MULTITUDES

Sabemos que los años ochenta estuvieron marcados por la aparición de un desinhibido y radical liberalismo económico, cuyos excesos y desviaciones –provocados por múltiples instigadores– no dejaríamos de denunciar a posteriori con el fin de absolvernos de las formas de consentimiento que habíamos manifestado. Las multitudes, independientemente de cuáles fueran sus condiciones, se acomodaron con mucho gusto a un triple fenómeno de desasimiento. Primero, cuando se conformaron con ser meras espectadoras del orden que se estaba implementando, basado en la búsqueda implacable de la ganancia y con el rostro específico de una aplanadora que mutilaba a los empleados dentro del mundo laboral. Después, esas multitudes –bastante más profundamente que en el momento inaugural de lo que luego se denominó “sociedad de consumo”– se vieron llevadas por una pasión ilimitada por el gasto, la posesión de objetos y el uso de servicios. Fue un fervor atizado por la sofisticación de las técnicas de marketing, la facilidad para obtener créditos y el aumento de los salarios. El hecho de beneficiarse masivamente con productos que duplicaban sin descanso su atractivo y que tenían ciclos ininterrumpidos de renovación

probablemente haya producido más que nunca efectos inéditos de catarsis derivativa. Esto sucedió a un grado tal que el ultraliberalismo pronto engendró un ultraliberalismo de las pulsiones libidinales de los individuos.

Por último, este espíritu de los tiempos, que situó la búsqueda del goce como principal horizonte, también contribuyó mecánicamente a que la perspectiva de trabajar por la instauración de modalidades de existencia más equitativas y expansivas se eliminara del registro de las preocupaciones políticas y morales. La aceptación generalizada de los poderes transformadores de las personas y los colectivos, el frenesí consumista, la consiguiente extensión del individualismo y la derrota de la responsabilidad contribuyeron, en conjunto, a que muchas personas ya ni siquiera fueran capaces de entender las diferentes formas de desposesión en las que vivían y continuarán deleitándose con este espíritu de época que tanto las hechizaba. Al respecto, Peter Sloterdijk escribió: “Quien se haya habituado al infierno se muestra inmune a la exhortación de cambiar su vida, aunque sea en su propio interés”.⁴ Imperceptiblemente, se fue formando un mundo rebosante de seres que pueden rotularse como *autosuficientes* y que, por eso mismo, son sumamente olvidadizos de los deberes morales que les conciernen. En el primer rango de estos deberes están la defensa y celebración –en nombre de la llama vital que nos anima– de nuestras capacidades de actuar. En los países del norte prevaleció un estado espiritual que luego se propagó a los del sur, para acentuarse a paso continuo hasta convertirse, con el inicio del nuevo milenio, en la nota dominante. En ese momento, como si fuera algo natural, ese estado espiritual le ofreció el mejor recibimiento posible a una configuración tecnológica que le daría un espesor totalmente nuevo: internet.

4. Peter Sloterdijk, *Has de cambiar tu vida. Sobre antropotécnica*, Valencia, Pre-Textos, 2012, p. 524.

Más que repetir el sempiterno y equivocadísimo relato acerca de una supuesta emancipación por la gracia de las redes, que habría terminado mal por el asalto del sector privado, en realidad hay que entender que desde el comienzo se produjo un proceso absolutamente diferente: la fijación de los cuerpos ante las pantallas, que reproducían las mismas posiciones observadas frente a la televisión (Pasolini ya había detectado muy tempranamente cómo la industria del entretenimiento, por entonces en pleno crecimiento, orquestaba de manera solvente la captura total de la atención y el debilitamiento de la vitalidad social que esto implicaba). Pero ahora se agregaba la impresión de disponer de una libertad de uso gracias a la interactividad que nos empujaba a volver una y otra vez a alimentarnos de flujos de información infinitamente variados y a beneficiarnos de servicios personalizados al alcance de un clic y del naciente comercio online. Esta disposición trajo aparejado –primero de modo solapado y luego manifiesto– un retroceso de la sensibilidad y de la sociabilidad, un repliegue y la puesta en riesgo de los negocios y servicios públicos de cercanías, que son indispensables para la calidad de la vida urbana y rural. La eliminación de dimensiones esenciales para el buen equilibrio entre las personas y el conjunto común –aunque bajo la impronta de la satisfacción y, a menudo, de la exaltación– ya estaba en marcha.

Por primera vez desde hacía más de un siglo, el equilibrio entre la experiencia de la desposesión y la alegría de sacar ventaja de tantas novedades se invirtió definitivamente, hasta el punto de ver en prácticas cotidianas que ganaban cada vez más importancia únicamente privilegios y entonces burlarse de los trastornos existenciales que esas mismas prácticas provocaban, porque queríamos siempre más. Esto fue algo que cierto tipo de economía supo alimentar a medida que veía la necesidad. La ecuación se ocultó dentro de la historia canónica de las

tecnologías digitales, que privilegió un único y gran relato fundado en el fracaso de la supuesta utopía de la “ciudad global”, el monopolio indebido de las Big Tech y una adicción generalizada y perniciosa. Sin dudas, este es un poderoso indicador: nuestras conciencias no pudieron ver el fenómeno de continuidad –y de agravamiento– de la desposesión de nosotros mismos que estaba en curso, pero bajo formas inéditas –caracterizadas por la convicción sumamente engañosa de un aumento de la autonomía– y llegamos a suponer que si las desviaciones mencionadas no hubieran tenido lugar, estaríamos –salvo contadas excepciones– en el mejor de los mundos posibles. Ese ser autosuficiente –aunque mermado en más de un aspecto– que emergió en los inicios de los años 2000, una década más tarde, cuando apareció el smartphone y la economía de los datos y las plataformas, asumió una consistencia completamente distinta, como si ese movimiento que ahora parecía avanzar a velocidad exponencial no tuviera término.

EL AUMENTO QUE NOS MUTILA

No basta con repetir que lo propio del capitalismo es que no deja de cambiar, más bien conviene identificar los giros que adopta, que son más astutos que nunca. La industria de lo digital, al mutar en tecnoliberalismo –al buscar adherirse a nuestras existencias a través de sistemas que nos facilitan la vida, es decir, al tocar el punto débil de nuestra naturaleza perezosa–, llegó a liberarnos del esfuerzo en ámbitos cada vez más extendidos de nuestra vida cotidiana. Jacques Ellul había detectado los albores de este proceso en 1954: “El fenómeno técnico es, pues, la preocupación de la inmensa mayoría de los hombres de nuestro tiempo que buscan en todas las actividades el método absolutamente

más eficaz”.⁵ De ahí en más, se nos ofreció una nueva condición hecha de comodidad y espectáculos al alcance de la mano de día y de noche. Así fue como hacia principios de los años 2010, en nombre de estos beneficios sin parangón histórico –y despreciando las diversas formas de la merma de nosotros mismos que estos implicaban–, aceptamos una derrota aplastante o una dominación integral de nuestras vidas por parte de la industria de la tecnología. La pasión por la utilidad práctica y por las distracciones nos llevó a que cada cual solo viera el máximo de sus intereses y se mostrara indiferente ante el creciente aumento de la automatización funcional del mundo y la resultante marginación –o la extrema instrumentalización– de la figura humana. Esto es lo que sucede con las legiones de personas invisibles que hacen andar ese mecanismo de relojería algorítmico: personal de mantenimiento de la e-logística, repartidores de productos y comidas, choferes de automóviles de aplicaciones, todos sometidos a la mayor precariedad imaginable y a ritmos insostenibles, o los teleoperadores en los call centers, o los trabajadores del clic localizados en los países del sur, remunerados con los sueldos más bajos que podamos imaginar.

Por todas estas razones, nos engañamos totalmente respecto de la noción de “innovación digital”, llamada también “de ruptura”. Imaginamos que estos procedimientos involucraban funcionalidades nuevas que generalmente se anunciaban o percibían como “revolucionarias”, pero que en verdad no venían a romper con nada. Y vemos que, en abierta oposición a los discursos y las apariencias, estos solo consolidan indefinidamente el principio de la desposesión (pero de manera perversa, pues despiertan la ilusión de encontrar en ellos una mayor libertad de acción y ventajas sin par). Con seguridad, apasionados por el

5. Jacques Ellul, *La edad de la técnica*, Barcelona, Octaedro, 2003, p. 26.

utilitarismo, fuimos incapaces de captar la naturaleza de esa dinámica, supuestamente aumentativa (según la retórica del “aumento” que tanto se usó desde los años 2000), y de entender que si la mirábamos de cerca se revelaba en distintos aspectos como absolutamente mutilante, puesto que neutralizaba el uso de nuestras facultades y nuestra plena presencia ante lo real y ante los demás.

Entonces, la inteligencia artificial llegó para darnos una medida acabada de este *ethos*, porque hizo posible un supuesto mejor ordenamiento de los asuntos individuales y colectivos mediante tecnologías que deben ser calificadas como “de la superioridad de nosotros mismos”. Ya que estas se dedican a señalar, de forma infinitamente más rápida y en teoría más fiable que nosotros, los gestos correctos a adoptar no paran de encerrarnos en un entorno limitado al único imperativo de la utilidad que erosionan nuestro juicio y nuestra sensibilidad. Es momento de constatar que el estar todo el tiempo tratando con nuestros compañeros digitales induce un desequilibrio psíquico y existencial en virtud de una ecuación temible. Por un lado, nos imaginamos dotados de poderes extendidos, mientras que por el otro, nos volvemos juguetes de mecanismos que son el resultado de una visión restrictiva y muy empobrecida del mundo que alimenta únicamente intereses privados. Esta dinámica va a franquear un nuevo umbral gracias a un fenómeno que reviste un alcance antropológico determinante: la elaboración y el uso, ya completamente generalizado, de sistemas que no solo contribuyen a dejar cada vez más al margen el ejercicio de nuestros dones innatos, sino que también hacen que nos desarrollemos dentro de ritmos de existencia que únicamente pueden ser considerados “contranatura”.